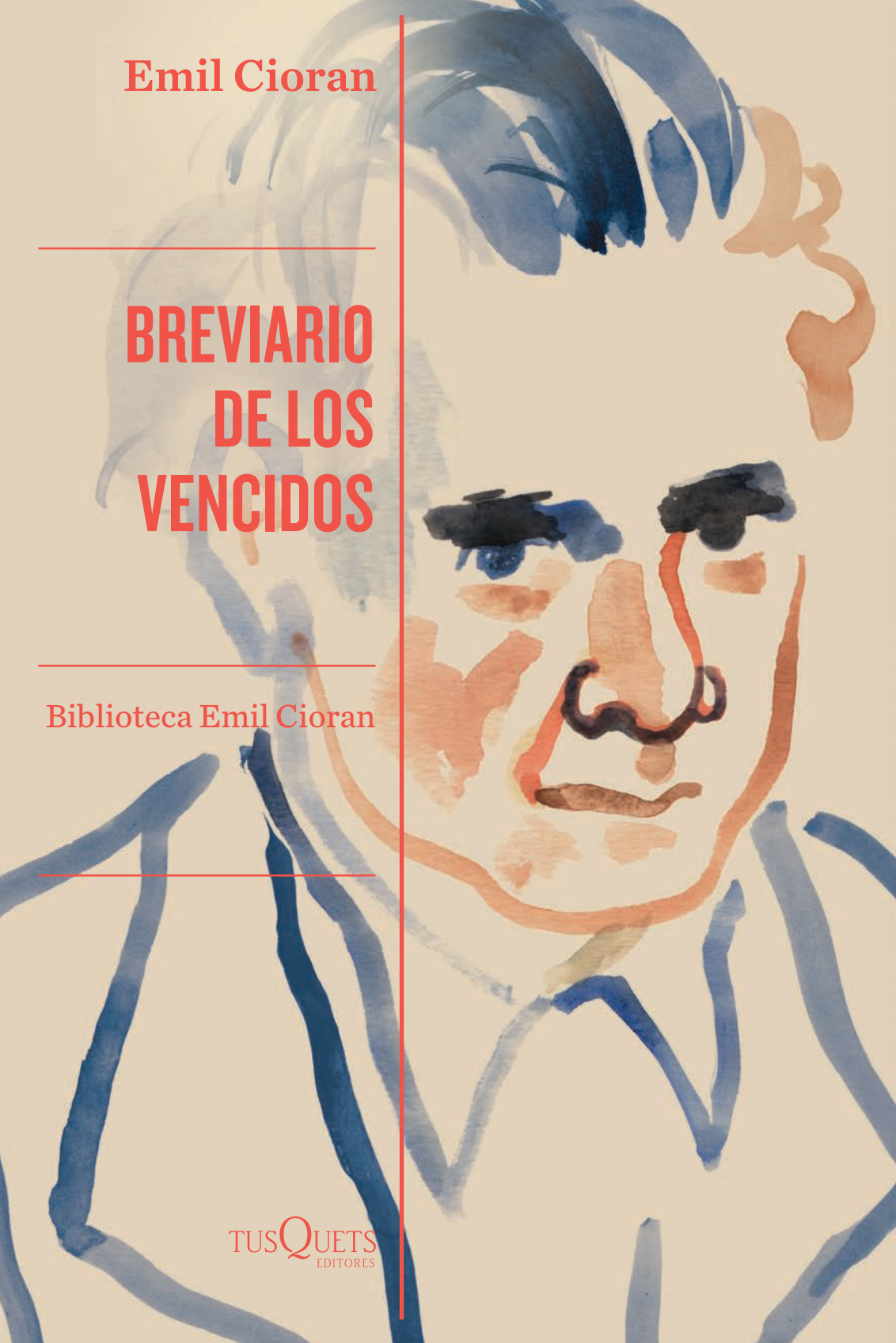


A watercolor portrait of Emil Cioran, rendered in shades of blue, orange, and black. The portrait is split vertically by a thin red line. The left side shows a more ethereal, blue-toned face, while the right side shows a more defined, orange-toned face with dark, expressive features. The background is a light cream color.

Emil Cioran

**BREVIARIO
DE LOS
VENCIDOS**

Biblioteca Emil Cioran

TUSQUETS
EDITORES

Emil Cioran
BREVIARIO
DE LOS VENCIDOS

Traducción del rumano de Joaquín Garrigós

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Indreptar Patimas / Bréviaire des vaincus*

1.^a edición: enero de 1998

1.^a edición en esta colección: enero de 2025

© Cioran y Éditions Gallimard, 1993

© de la traducción: Joaquín Garrigós, 1998

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-560-2

Depósito legal: B. 22.037-2024

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Limpergraf, S.L.

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Índice

I.....	9
II.....	71
III.....	111
IV.....	127

Con ansia y amargura, he intentado cosechar los frutos del cielo y no he podido. Se elevaban hacia no sé qué otro cielo cuando les tendía mis manos, golosas de su abundancia.

Las ramas de las bóvedas se comban sobre las esperanzas de nuestras plegarias; cuando estas callan, aquellas pierden sus frutos.

Tampoco brotan flores en el cielo ni las vides dan fruto. Dios, como no tiene nada que guardar en su casa, de aburrimiento y enojo, deja yermos los jardines del hombre.

No, no; no es la visión de los astros lo que me deslumbrará. Bastante luz he perdido mendigando a las alturas. Harto de toda laya de cielos, he dejado mi alma a merced de los ornamentos del mundo.

«Y puso un querubín, que blandía flameante espada, para guardar el camino del árbol de la vida» (Génesis, 3, 24).

Por ese camino he mendigado muchas veces. Y los caminantes, más pobres que yo, tenían sus manos vacías donde dejaba caer el óbolo de la esperanza. Y cuando caminaba así, en medio de esa multitud oprimida, el sendero se hundía en ciénagas y la sombra de las ramas del paraíso se perdía en el sinfín del mundo.

Ni modestia ni paciencia nos harán dueños de lo que perdió nuestro fatal ancestro. Necesitamos un espíritu de fuego, y entonces ese querubín enemigo que afila armas y locuras, se derretirá en la pira de nuestra alma.

¿Nos ha cerrado el Todopoderoso todos sus caminos? Plantaremos entonces otro árbol aquí, donde no tiene guardianes, ni espada ni llamas. Crearemos un paraíso a la sombra de los suplicios y mansamente descansaremos bajo enramadas terrenales, como ángeles efímeros. Que Él se quede toda una eternidad donde no haya nadie; nosotros seguiremos pecando, mordiendo las manzanas que se pudren al sol. Amando las ciencias del pecado, seremos

comparables a Él y, por mor del sufrimiento de la Tentación, más grandes aún.

Creyó Él que con la muerte nos haría esclavos y que le serviríamos. Pero nosotros, poco a poco, nos hemos acostumbrado a la vida.

Vivir: especializarse en el error. Burlarse de las verdades indubitadas, no hacer caso de lo absoluto, tomar a broma a la muerte y transformar lo infinito en azar. Solo se puede respirar en lo más hondo de la ilusión. El mero hecho de ser es tan grave que, comparado con él, Dios es pura bagatela.

Armados por los accidentes de la vida, asolaremos las crueles certezas que nos acechan. Cargaremos contra ellas, embestiremos contra las verdades, atacaremos las luces que nos ciegan. Quiero vivir, y por todas partes salta el espíritu contra mí, defensor de las causas del no-ser.

...Así, fiel a sí mismo, blande el hombre la espada en la cruzada de los errores.

3

A mis semejantes ya los conozco. A menudo he leído en sus ojos ausentes y vacíos el sinsentido de mi destino o he reposado de mis rebeldías

durante las pausas de sus miradas. Pero su angustia no me es ajena. Ellos *quieren, quieren* incesantemente. Y como no había nada que *querer*, mis pies pisaban sus huellas como si fueran espinas, mi sendero serpenteaba por el lodo de sus anhelos y blanqueaba con una inútil aureola su búsqueda vana.

Ellos no saben que el paraíso y el infierno son floraciones de un instante, del instante mismo, que no hay nada más allá de la fuerza de un éxtasis inútil. En su camino de mortales, no he encontrado la parada eterna sobre la bóveda de los instantes.

Veo un árbol, una sonrisa, un orto, un recuerdo. ¿Acaso no existo yo ilimitadamente en cada uno de ellos? ¿Qué otra cosa puedo esperar además de esa visión definitiva, esa incurable visión del relámpago temporal?

Los hombres sufren de futuro, irrumpen en la vida, huyen en el tiempo, buscan. Y nada me hiere más que sus ojos anhelantes, vanos pero desprovistos de vanidad.

Yo sé que todo es *final*, que solamente existe un instante, cada instante, que el árbol de la vida es un estallido de eternidad, reversible en los actos del ser.

Y, así, ya no quiero nada. A menudo, cuando me encuentro en las noches que erigen los fon-

dos del mundo, ¿cómo saber si soy o no soy? Y, entonces, ¿se puede ser o se puede no ser? O bien, atrapado en las vagas ondulaciones de la música, perdido en medio de ellas, purificado de los azares de la respiración, ¿cómo me parecería a mis semejantes?

No tener sino una meta: ser más inútil que la música. En ella no encuentra uno ni el *es* ni el *no es*. ¿Dónde te encuentras como tumultuosa víctima de su hechizo? ¿No es acaso ella un *ninguna-parte* sonoro?

Los hombres no saben ser inútiles. Ellos tienen caminos que seguir, puntos que alcanzar, necesidades que realizar. ¡No saborean la imperfección, cuando el «sentido» de la vida es el éxtasis de esa imperfección! Pero ¿cómo revelarles la simplicidad de este misterio, cómo seducirlos con el resplandor de un misterio y embriagarlos con tan sencilla fascinación? Qué noches y qué días acuden a mi mente...

Silencio nocturno en los jardines del Sur... ¿Sobre quién se inclinan las palmeras? Sus ramas parecen ideas fatigadas. En otro tiempo, cuando en la sangre llevaba más alcohol y más España, mi furia las habría hecho volverse hacia el cielo, mi pasión habría enderezado su cansancio terrenal y los latidos de mi corazón las habrían empujado hasta la proximidad de

las estrellas. Ahora soy feliz de que ramas pensantes me separen de los astros, de saborear al amparo de su brisa una dulce soledad, de anodarme en el esplendor de una tierra divinizada por la noche.

Si viviésemos en jardines, no habría sido posible la religión. Su ausencia nos ha empujado a anhelar el paraíso. El espacio sin flores ni árboles impele a los ojos a mirar al cielo y recuerda a los mortales que su primer antepasado hizo un breve alto en la eternidad y descansó fugazmente a la sombra de los árboles. La historia es la negación del jardín.

Debo mis esperanzas a las noches. Sobre las alas de la oscuridad, fuera del espacio, solo entre la materia y el sueño, elevo los aromas de la decepción a fragancias de felicidad. Nada me parece imposible en la noche, ese *posible sin tiempo*. Todo es más que posible, pero el futuro no está. Las ideas devienen pájaros de pensamiento y ¿adónde vuelan? A una trémula eternidad, como un éter roído por las reflexiones.

...Así he llegado a contemplar el sol con un extraño interés. ¿Qué malentendido llevó a los hombres a robarle sus turbulencias y a transformarlas en algo provechoso? ¿Qué falta de poesía hizo a un astro puro degradarse en monstruo utilitario? ¿No nos hemos acercado

todos demasiado humanamente a sus rayos luminosos y, creyéndolos fuente de lo real, le concedimos demasiada realidad? ¿Por qué habremos proyectado *la finalidad* hasta el mismo cielo?

Yo no sé hasta dónde *es* el sol. Pero sí que sé muy bien hasta qué punto ya no soy yo bajo el sol. Quien a orillas del mar, durante horas seguidas, con los ojos entornados, paralelamente al tiempo, durante la horizontal del sueño y tan fugaz como la espuma sobre la arena dorada, no ha sentido la mezcla de felicidad y de nada de ese derroche de resplandor, ese no conoce ninguno de los peligros que la belleza ha traído al mundo.

Yo creía ser joven bajo el sol y me encontré sin edad. Y si a media noche tenía años, ya no los tenía en pleno meridián. Todas las edades huyen y permanecen entre el ser y el no-ser, vestigio vibrante en el nihilismo místico de las insolaciones.

4

Cuando bajaba del burgo transilvano, a no sé qué hora del atardecer ni en qué año de mi juventud, infeliz y deseoso de infortunios, de-

17

masiado presumido para pensar en el sol, la revelación del ocaso quebró de repente el orgullo de mis rodillas. Mis sombras se encontraban con la fatiga del crepúsculo y lo que aún quedaba de sol entre las manchas del corazón se postró en el regazo de una áurea agonía. Y mi agradecimiento al astro se dirigió también hacia el Egipto de mi propia alma.

Desde entonces no he dejado de echar incienso sobre la muerte y el sol, como lejano descendiente de algún haragán de las inmemoriales riberas del Nilo.

5

Al igual que amas los libros que te hacen llorar, las sonatas que te han cortado el aliento, los perfumes que te insinúan renunciamentos, a las mujeres extraviadas entre el cuerpo y el alma, así sucede con los mares: te enamoras de aquellos cuyo oleaje induce a ahogarse en su seno.

No he buscado en el Mediterráneo poesía ni violencias, ni tampoco turbulentas vorágines en sus olas. A esas inclinaciones encontré respuesta sobre los acantilados de Bretaña. Pero ¿cómo olvidar un mar donde dejé mi pensamiento?

En una memoria más corta que el presentimiento de eternidad de lo efímero, guardaría la imagen y el reconocimiento del azul inhumano del mar decadente. En sus orillas se hundieron imperios y tantos y tantos tronos del alma...

Cuando el aire suspende su calma y la inmovilidad meridiana alisa las olas en medio de un fulgor abstracto, entonces sé lo que es el Mediterráneo: *lo real puro*. El mundo sin contenido: la base *efectiva* de la irrealdad. Solo *la espuma*, actualidad de la nada, continúa como si pugnara por ser...

Lo único que podemos hacer es zarpar a alta mar. Sin deseos de echar el ancla. ¿No es acaso el sentido de la inestabilidad *agotar* el mar? Que ninguna ola sobreviva a la odisea del corazón. Un Ulises, con todos los libros. Una sed de planicies marinas que tienen su origen en lecturas, un erudito vagar. *Conocer* todas las olas...

6

Piedad estética: tener un respeto religioso a las apariencias, hollar la tierra sin la nostalgia del cielo, creer que todo puede ser una flor y no solamente absoluto. Si nunca lamentaste el carecer de alas para no profanar la naturaleza con

tus crueles pasos humanos, entonces nunca has amado esa tierra. Cuantas veces la descubría, otras tantas la sentía en el corazón y no bajo las plantas de mis pies; durante los momentos de desarraigo miraba a los astros y los veía transformarse en cera y derretirse en una sangre que entonces olvidaba al cielo. Puedes mirar a lo alto todo lo que quieras: no conocerás el estremecimiento de los raros encuentros con esa tierra que menosprecias al caminar. Pero, cara a cara con ella, a solas con su tránsito, ¡qué suspiros de fraternal desconsuelo, de íntima amargura te llevan a unirte con ella en un conmovedor abrazo! ¡Bastante han sufrido mis ojos con vosotros, ángeles, santos y bóvedas!

Ahora quiero aprender a respetar a la gleba. ¿Podré mirar *hacia abajo* con la misma pasión que levantaba mis párpados en estremecimientos verticales? ¿Qué vicio y qué tormentos viciosos han empujado al ojo hacia lo sobrenatural? La religión lo aparta de su destino natural: ver. Tras el cristianismo, los ojos dejaron de ver.

El mismo hombre que va de puntillas por las losas de la iglesia, escupe en los jardines, si bien, solamente bajo los ramajes, la alegría de los pensamientos mezclados con los sentidos tendría que erigir un templo y urdir una mitología de la sensación.

¿Qué voy a hacer con el cielo, que ignora lo que significa marchitarse, o lo que es el sufrimiento y el éxtasis de la floración? Quiero estar con las cosas destinadas a ser y morir con ellas, que de igual forma están destinadas a la muerte. ¿Por qué os he hablado de extinción a vosotros, astros eternos? He estado buscando demasiado tiempo a la nada *en otra parte*. Pero retorno a los mundos donde soplan las penalidades. Por ellos deambularé como un ermitaño sediento de pecado.

7

De todo lo que es efímero (y nada hay que no lo sea), cosecha sensaciones, esencias e intensidades. ¿Dónde buscar lo real? En ninguna parte fuera de la gama de las emociones. Lo que no sube hasta ellas es como si no existiera. Un universo neutro es algo más ausente que uno ficticio. Solamente el artista hace al mundo presente y solamente la expresión salva las cosas de su irrealdad fatal.

¿Qué te queda de todo cuanto has vivido? Las alegrías y los sufrimientos anónimos pero a los que les has encontrado un nombre.

La vida dura lo mismo que nuestros estremecimientos. Sin ellos, es polvo vital.

21

Eleveamos lo que se ve al rango de alucinación; lo que se oye, al nivel de la música. Y es que *en sí mismo*, nada es. Nuestras vibraciones constituyen el mundo; la relajación de los sentidos, sus pausas.

Tal y como la Nada se vuelve Dios mediante la oración, de igual forma la apariencia se toma naturaleza gracias a la expresión. La palabra roba las prerrogativas a la nada inmediata en la que vivimos, le quita la fluidez y la inconstancia. ¿Cómo nos las arreglaríamos en la espesura de las sensaciones sin fijarlas en formas, *en lo que no es*? Así les atribuimos ser. La realidad es apariencia solidificada.

La angustia negativa de la carne, las protestas bíblicas de la sangre, la imagen de la muerte inmediata y la magia desastrosa de la enfermedad palidecen ante la desesperanza que emana de los esplendores del mundo. Y el recuerdo del dolor más preciso y más lacerante, del enloquecimiento más seguro de la materia sometida al yo, se me borraría ante el tormento extático de los ornamentos terrestres. Cuando estando solo en montañas o en mares, en medio de silencios apacibles o sonoros, bajo abetos nostálgicos o palmeras inmanentes, los sentidos se levantan con el mundo por encima del tiempo, la felicidad de estar rodeado de be-

lleza y la seguridad de perderla en el tiempo me desgarraban tan cruelmente, que el paisaje se disolvía en la sustancia equívoca y solemne de una desconsolada admiración. Solo la fealdad es indolora. Pero el encanto de las apariencias que comprometen a las alturas es más estremecedor que todos los infiernos inventados por la delicadeza del hombre. No son sus padecimientos los que me han expulsado del mundo sino que, por haber visto demasiado a menudo el paraíso sobre la tierra, mis sentidos se han fundido con la desgracia. ¿Por qué en la perfección del instante absoluto un murmullo de temporalidad me hacía volver a las atrocidades del tiempo?

Si alguna vez viste caer mansamente las flores de un almendro bajo las caricias de la brisa y al cielo mediterráneo descender entre sus ramas, para que el ojo no se pueda imaginar ninguna otra cosa por encima de ese esplendor floral, entonces tú te habrás desprendido también de los instantes para caer más terriblemente en los desiertos del tiempo.

El miedo al fin de los estremecimientos ha envenenado el paraíso de mis sentidos, porque nada tendría que terminar en los sentidos enraizados en la naturaleza. Los esplendores del mundo me han apuñalado más cruelmente que

los arrebatos de la carne y he sangrado más en la felicidad que en la desesperación.

El enrarecimiento místico del tiempo en la nada absoluta de la belleza... Nutrir con él las esperanzas de mi sangre, con las ondulaciones y reflejos armoniosos de la eterna inutilidad. Las razones de ser existen solamente en las apariencias por las que uno quisiera morir... ¿Ocuparán los pétalos el lugar de las ideas?

El tiempo demanda otra savia, las venas otro murmullo, la carne otras falacias... Un mundo directo y absolutamente inútil; rosas al alcance de todos, y que las ninfas de la razón no osarían coger...

¿Por qué habremos buscado redenciones en otros mundos si las ondulaciones de este pueden volvernos eternos con más dulces aniquilaciones? Arrancaré una nada embriagadora de todas las floraciones y me haré de las corolas de los campos un lecho donde dormir. Y ya no huiré a las estrellas ni me refugiaré en lejanías lunares.

El nirvana estético del mundo: alcanzar lo supremo en medio de supremas apariencias. Ser nada y todo en la espuma de lo inmediato. Y elevarse a los límites del yo, en lo inmediato y en lo pasajero.

Las doctrinas carecen de vigor, las enseñanzas son estúpidas, las convicciones ridículas y estériles las florituras teóricas. De todo lo que somos, vida no hay sino en las potencias del alma. Si no hacemos con ellas la música superfina y no elevamos el tedio al rango de oráculo, ¿en qué misterio nos enterraremos? ¿No se siente en el pulso el mismísimo misterio de la materia y no nos evoca su ritmo las melodías de lo indescifrable?

Cuando estoy despierto, no sé en qué creer; cuando estoy atribulado por los acordes, menos aún. Pero ¿por qué cuando estoy así, carente de toda fe, *la vida* se transforma en *yo* y *yo* estoy en todas partes?

El final de la música interior es una fusión en un *andante* cósmico. La tempestad que desencadenan las trompetas se apacigua y una calma horizontal se desliza como una ausencia soleada.

... Con frecuencia, he sentido a mi alma junto al cuerpo. A menudo, la he sentido lejos, muchas veces sin razón de ser y sin oficio ni beneficio. ¿Cómo iba a seguirla si, en sus súbitas elevaciones, se escapaba del lecho de mi corazón? ¿No es su destino vagar por los cauces

de los sentidos? ¿Qué es, entonces, lo que la empuja a esos espacios adonde no puedo seguirla? Los hombres la *tienen*, disponen de ella, les pertenece.

Solo yo quedo inferior a mí mismo.

Deja de vigilar a tu alma; ¡mírala cómo sale de estampía hacia al cielo! Su natural derrotero es la adversidad. ¿Qué ardides tendré que emplear para ligarla a la tierra? ¡Ojalá sus borrascas cobraran la intensidad de las pasiones pasajeras para poder refrenarla aprisionando su cuerpo con grillos! Al menor descuido, envuelta en llamas, se suelta y se va hacia otros mundos. ¿De dónde vendrá esa súbita llamada que la arroja al destierro en parajes celestiales mientras tú te quedas aquí, como víctima junto a un cuerpo abandonado?

Hay un latido asesino que destroza los lazos terrenales, una sed de felicidad fuera de las felicidades, un anhelo de desmayo astral, de perdición en los temblores, de ahogarse en espumas de pesares divinos. ¿Qué alas le han salido secretamente al alma para que, de pronto, la lleven exultante allende el sol y, embargada de una vida sin sentido, en su vuelo deje como rastro las fuentes de la luz más allá de la vida?

Quisiera morir miles de veces y que ella se desgarré en la inmensidad del *ninguna-parte*.

...He buscado las quietudes del alma en los paisajes, en las sonrisas, en las ideas. Pero ella, errabunda, no les servía de compañía, sino que revoloteaba por las cimas del mundo. ¿Cuándo descenderá su efervescencia hasta los aledaños de los no-seres cotidianos? Ojalá tuviera otra alma. ¡Un alma más terrenal!

9

Sé que, por algún rincón de mí, hay un diablo que no puede morir. No me hace falta un oído aguzado para las torturas refinadas ni tampoco el sentido del gusto para el vinagre de la sangre, sino solamente el silencio sordo que presagia un quejido prolongado. Entonces reconozco el peligro. Y si me vuelvo hacia el Mal despótico y envilecedor, sube por los aires, al cerebro, a las paredes, divinidad súbita, severa y destructora.

Estás inmóvil y esperas. Te estás esperando. Pero ¿qué vas a hacer contigo? ¿Qué te vas a decir, rodeado como estás de tanto *no-decir*?

¿Qué pasa a través del silencio? ¿Quién pasa? Es tu mal que está pasando a través de ti, fuera de ti, es una omnipresencia de tu misterio negativo.

¿Piensas en lo que quieres ser? Tus pesares

27

no tienen futuro. Ni ningún futuro es tuyo. En el tiempo ya no tienes cabida; en el tiempo yace el horror.

Y entonces te vas. Al marcharte te olvidas. Y en tu caminar eres otro y *siendo*, ya no eres.

10

Dos atributos tiene el hombre: la soledad y el orgullo. Él vive sobre la tierra para sacarlos a la luz. Pero entonces aparece la religión: un sistema de remedios que socavan la existencia. ¿Por qué la habrán inventado? ¿Qué necesidad es la que ha segregado tanto veneno?

Miro al sol y me pregunto: ¿para qué, *no obstante*, la religión? Vuelvo la cabeza hacia la tierra, en cuyas calamidades me revuelco y de las que soy su cómplice, y no entiendo por qué tendría que huir de ella.

Siempre que he salido disparado al cielo, la amargura sublunar me sonreía y descendía hacia la tierra sediento de pasiones. Cuando ella rebose ideales, entonces ya no habrá lugar alguno para la soberbia ni para la tristeza y la abandonaré. Pero mientras siga siendo liza para tormentos inspirados, ¿qué se me ha perdido en otra parte?

La religión trata de curarnos de los males que ponen precio a la vida. La soledad y el orgullo son males positivos. La ausencia medianamente la cual uno se vuelve *algo más*.

Nunca he estado *seguro* en las perfumadas incertidumbres de la tierra, salvo en los éxtasis incrédulos. Mi corazón se derramaba a lo largo y ancho del mundo, sin esperar respuesta alguna. Temblor de oración al que le basta su propia fuerza.

Demasiado hemos tendido las manos suplicantes a un cielo ausente: ¿cuándo se volverán hacia la agridulce infinitud del tiempo? Éxtasis introspectivo de la arcilla, tierra contagiada de narcisismo...

El hombre no ha inventado un error más precioso ni una ilusión más sustancial que el *yo*. Respira y se imagina que es *único*; el corazón le late porque es *él*. ¿Cómo se mantendría derecho en el panteísmo? ¿Y cómo *sería* con un dios por encima de él? Sea cual fuere la religión, no puede fructificar en la naturaleza.

He querido liberarme. Y todas las creencias de los mortales me exigieron que abjurara de mí. Desde los Vedas, pasando por Buda y Cristo, no he descubierto más que enemigos de mi *necesidad*. Me ofrecieron la salvación en mi *ausencia*; todos me exigieron que me privara de

mí mismo. Ser yo ellos, o su Dios, ser *anónimo* en la nada, cuando mi orgullo reclamaba mi *nombre* incluso en la nada.

Y no solo eso. También me exigían vencer el dolor. Pero sin él, la naturaleza resulta insípida, es la sal de la vida; lo que esta tiene de *insoportable* es la sangre de la existencia.

Amar, tener compasión, esperar, realizarse. Una escala de la monotonía, para quien no quiere ser un animal bajo el cielo ni un pordiosero en el estéril horizonte de un cualquiera absoluto.

¿Liquidar mi sufrimiento en otros? ¡Descubrir siempre semejantes y más semejantes! ¿Ser feliz estercolando sus majaderías, cultivando sus bajezas y matando mi entusiasmo por el desprecio?

El yo es una obra de arte que se nutre del sufrimiento que la religión tiene como misión calmar. Pero la nobleza del hombre es única: esteta de su propia individualidad. Establecerá, mediante el dolor, la belleza de su limitación y creará su sustancia consumiéndose.

El hombre es *arte* porque es altanero y está solo. Se sirve mejor de la tierra que del cielo como pretexto para embellecer y labrar su existencia.

Las religiones son insensibles al encanto de la nada inmanente, a la apariencia como tal. El

hechizo de la inutilidad y el extravío dentro de uno mismo les son ajenos. También la tierra les es ajena. Por ese motivo quieren liberarnos del yo, de la más extraña florescencia que hay bajo el sol.

Si la existencia individual es de una atracción tan brutal se debe a que nació de un desequilibrio, de una desigualdad del fondo original de la vida. Las religiones quieren nivelar la diversidad; suprimir la individuación. El sentido de la liberación es la desaparición del pronombre.

No soporto otro absoluto salvo mi *accidente*. Dado que soy, la ilusión de mi existencia me parece mi sentido supremo. No voy a enmendar nada de este acontecimiento.

Todos nosotros somos convalecientes de nacimiento de nuestra propia individuación. Se es *hombre* porque no nos curamos de ella, permanecemos irremediabilmente en nosotros mismos.

¿Fundirte en la naturaleza, en la humanidad, en Dios? Pero si antes de que pueda actuar tu voluntad te has ahogado ya en ti mismo.

Soñaba que había muerto, buscaba mis huesos por los astros y me encontré a los pies del Yo plañendo mi identidad.

La sombra, comparada con el sueño, presta a la existencia un exceso de inconcreción. Des-

pués de haber inventado mundos y haberlos perdido por los espacios, de pronto se da uno cuenta de que anhela algo que fuera (el Yo) una sombra de ser en medio de una ausencia general de existencia.

Las religiones me enseñaron la senda de la felicidad, a costa *mía*. Pero la ilusión de estar *aquí* es más estimulante que la serenidad de no estar en ninguna parte, de estar en los cielos.

... Y entonces volví a la tierra y renuncié a la liberación.

11

«La verdad no sueña nunca», dijo un filósofo oriental. Por eso no nos importa. ¿Qué íbamos a hacer con su fútil realidad? Ella únicamente existe en mentes de sabios, en prejuicios escolásticos, en la mediocridad de todas las enseñanzas.

Pero en el espíritu, al que lo infinito dotó de alas, el sueño es más real que todas las verdades.

El mundo no *es*; se crea *cada vez* que el estremecimiento de un principio atiza las ascuas de nuestra alma. El yo es un promontorio en la nada que sueña con un espectáculo de realidad.

El valor te coloca entre un ser y un no ser,

vuelas entre mundos que son y que no son. Mientras yo sea cobarde todo existe pero, revestido con la armadura de caballero del espíritu, aplasto los surcos de la naturaleza y piso-teo las semillas de la ilusión.

De buen grado hemos insuflado vida a las cosas que se ven. ¿Acaso la existencia no resulta cómoda para la respiración?

Como *ser* parece ser preferible a su contrario, nos hemos acostumbrado a él y nos sentimos mejor. ¿Para qué nos valdría saber que solo lo imaginamos, que lo experimentamos cuando prolongamos nuestro duermevela?

¿De dónde se difunde la luz del espacio que parece una aniquilación encantadora? ¿Del sol? No. Del reflejo de los ardores de la sangre sobre un fondo azul. De los mismos que siembran la noche de centellas petrificadas.

El universo es un pretexto dinámico del pulso, una autosugestión del corazón.

12

Sonreír es incompatible con las leyes de la causalidad: tal es la inútil fascinación que emana de la sonrisa. Por su valor «teórico» es el símbolo del mundo.

33